

NO TE LO PIENSES DOS VECES

Apretar un gatillo no es tarea fácil. Se necesita que no te tiemble el pulso, que no te tiemble el ánimo y que no te importe lo que tienes delante de la pistola. Yo no cumplía con ninguno de esos tres requisitos y bajé pesadamente mi brazo a la par que ella subía el suyo, mientras una lágrima de acero comenzó a descender por sus ojeras. Fue un instante eterno, un segundo que dura un minuto, un momento mudo y con afonía de la memoria, vacía de cualquier recuerdo fugaz. Pero miento. Porque sí que me vino a la mente una imagen más bien baladí de mí y de la mujer que tenía delante. En esos pocos segundos nos clavamos la mirada y endurecimos el rictus para jugar al juego de quién llora antes, y aquel instante sí que me golpeó en la cabeza cuando años atrás ella me decía has perdido, te has reído antes que yo.

Y aunque el cerebro se bloquea, la retina dilatada sí que consigue captar sensaciones al volapié y de soslayo con la muerte para advertir que sus ojos ya no eran los mismos y que no brillaban con la misma intensidad con que alumbraron el real de aquella feria, entre besos con acné y gomina de supermercado, cuando David me la presentó sin aviso y a bocajarro, de espaldas al amor y con mi corazón al galope escapando de unos primos que miraban de reojo mientras trucaban la ruleta de una tómbola. Con su particular grito de guerra, con el que descubrí su voz antes que su nombre, ella me subió al tren de su vida en el vagón de aquella montaña rusa que vaciaba mi estomago con cada vaivén, mientras se adornaba con una risa tonta y deliciosa a la vez. Fue un comienzo trepidante, tan propio de ella. Entonces éramos muy jóvenes, tanto que yo no pasaba de ser un muchacho tópico y vulgar y ella una frase hecha. Ese “no te lo pienses dos veces” que tantas veces repetía. Un light motiv inocente que era su vestido preferido que nunca pasaba de moda, y que entallaba como ningún otro su cintura de anhelos y deseos, y que también podía amortajar sin duelos ni llantos su cuerpecito inerte para cuando llegara el día en que despertar de un sueño epicentro de un huracán violento y descontrolado sin más brújula ni dirección que la que marcara el astrolabio del azar.

Tampoco teníamos nada en común. Yo venía de un coma adolescente con dieciocho años de edad del pavo, pelusa en el mentón y voz que se avinagra, mientras ella era ya toda una mujer, en el sentido más estricto-erótico de la palabra, que no vacilaba entre un puente de plata y un callejón sin salida. Elegía siempre el callejón, mientras esperaba que al darse la vuelta se topara de bruces con el hombre de su vida flanqueado por dos matones a sueldo con los labios sellados de tantos soplos que no dieron. Pero resultó que el primer hombre de su vida no fue el chulo de su barrio sino que fui yo, que como un perfecto estúpido cayó rendido a sus pies al bajarme de aquella loca atracción de feria que siempre me había dado tanto miedo... O quizás caí rendido al suelo tan sólo mareado por aquellas sacudidas del demonio... El caso es que no recuerdo un ridículo tan espantoso como aquel, unas ganas tan intensas de escapar por pies, sí no fuera porque ella me pidió que la acompañara a casa.

Vivía en los pisos de los ferroviarios con vistas a la vía de un tren de cercanías que nunca pasaba a la misma hora, casi siempre con retraso dejando una neblina de silencio y abandono que trepaba por las fachadas de aquellas viviendas de protección oficial. Pero antes del tren, de la neblina, del silencio y del abandono, ella ya me había metido la lengua hasta el gaznate, mientras yo me esforzaba en cerrar tiernamente los ojos y en relajar los labios como si no fuera el primer beso de mi vida. Creo que advirtió mi impericia pues se separó de mi con una sonrisa de media comisura que me caló con más humedad que la que me había dejado su saliva. No se despidió pero sabía dónde encontrarme.

Y me buscó donde sabía que yo la esperaba. Y los siguientes días a su lado, como no podía ser de otro modo, pasaron muy deprisa. Sin darme cuenta me fui haciendo mayor mientras ella estaba cada día más joven y más guapa. Todo sucedía a velocidad de vértigo sin solución de continuidad y haciendo muescas en mi corazón abierto de par en par a todos sus caprichos y deseos. Con aquel primer beso me dejó una herida en los labios pero la primera

cicatriz en el alma todavía la siento cuando recuerdo la noche de los cristales empañados, del escalofrío de calor, de la pasión al ralentí que pisa el acelerador, desnudos en el asiento de atrás del viejo Renault de su padre que le había tomado prestado sin su permiso. Yo me saqué del bolsillo un protector muy al filo del pecado y ella lo apartó de un manotazo jadeándome al oído que no me lo pensara dos veces. Era irresistible e infalible, mientras yo era dúctil y moldeable.

Al día siguiente volvió a buscarme como si nada hubiera pasado. No le daba importancia a nada que no fuera lo que estaba haciendo en cada momento, aunque yo la notaba cada día más a gusto a mi lado. Era tan fácil dejarse llevar a cambio tan solo de algunas concesiones y de algunos sustillos, como tumbarnos como niños traviesos en las traviesas del tren para observar la cara de pánico del pobre conductor segundos antes de pegar un brinco y salir por piernas. Nosotros, no el conductor. Yo me iba acostumbrando a todas esas pequeñas cosas hasta que un buen día, tras la última calada del cigarrillo de después, me dijo que teníamos que huir, que Madrid la asfixiaba, que quería ver el mar, por supuesto, que no me lo pensara dos veces.

Era tan difícil decirle que no a nada que me abandoné a la dulcemente en una modorra de sí a todo con los párpados entornados y los músculos entumecidos con sus caricias. También propiciaban tal desidia los porros que nos fumábamos en las terrazas de los cafés de Tánger donde la amé más que nunca, embriagado por las flores de azahar e hipnotizado por el humo que exhalaban sus labios y que la dulce brisa del jasmín dispersa para que pudiera ver mejor el mar. El tiempo tendría que haberse parado allí, en aquel paraíso perdido sin pasado ni futuro, pero una cosa tajo a la otra y era inevitable que derrapáramos por direcciones prohibidas. El dinero y la necesidad no se dejaron engatusar por ella, y mientras el primero escapó muy pronto de nuestros bolsillos, la segunda nos perseguía como si fuera el cobrador del frac. El vendedor de alfombras le propuso el negocio y ella no se lo volvió a pensar dos veces. Yo la acompañé en dos viajes a la península, pero al tercero le cogí tanto miedo que mi último saludo en el escenario fue una triste nota de despedida clavada en la puerta de una sórdida pensión. Quizás aquella huida no hubiera sido tan descortés ni tan cobarde si no fuera porque a pesar de los años a su lado la rutina y el peligro acabaron por robarme la pasión a punta de navaja. A ella también le robaron su sonrisa deliciosa y tonta y, claro, aquello ya no se parecía en nada a los días de vino y rosas.

Volví a Madrid huérfano de su amor y de mi padre, que me convidó a que me buscara un hotel, pues desde el día que salí por la puerta el pobre hombre no dejó de insistir en que solo tenía una hija. Trabajé donde pude y puse todo mi empeño en demostrar a mi familia que aun me quedaba un resto de sentido común y amor propio que no se había contaminado por el humo del Magreb. Estudié, preparé oposiciones y volví a ser un hijo para mi padre y un número de funcionario para el Estado.

Ella también volvió. Habían pasado varios años cuando me enteré. Venía con el ánimo magullado y más desmejorada e hizo del arrabal su hábitat y su ecosistema rodeada de muy buenas compañías. Venía herida del ala y como la perdiz que recibió el disparo no abandona el surco, siguió trapicheando, menudeando, regateando, porfiando, discutiendo y engañando sin reparar en consecuencias ni secuelas. Cuando vino a darse cuenta ya no pudo escapar de un macarra de barrio que la besaba con violencia, le hablaba a gritos y la usaba como testaferró del peligro. Frecuentaban las farmacias y las joyerías armados con dos jeringuillas infectadas y huían cada uno por su lado, pero siempre la detenían a ella.

Yo nunca salí a buscarla porque sabía que la encontraría, y desde que la dejé hice cuanto pude por olvidarla aunque no sé si llegue a conseguirlo. Porque no es fácil olvidar aquellos ojos colgados de una sonrisa balanceándose por Madrid o levitando por Tánger. Y hasta hoy, incluso mi mujer la adivina, inquieta y recelosa, en el brillo opaco de mi mirada despide en mis accesos de melancolía, que deja entre los dos una telaraña de desconfianza y alarma hasta que despierto, abro las ventanas y ventilo la casa. Y el sol ilumina a mis hijos que corretean por el pasillo como la savia inocente de una calma anodina y deseada, y sus chillidos

ensordecen y sepultan la memorable juventud de un muchacho que se parecía a mi pero que no soy yo.

Y cuando ya sólo me acordaba de ella una vez al día, cuando dejé de ver su cara en todas las mujeres, cuando me había propuesto dejar de fumar las colillas que dejó y ponerme un chándal los domingos, allí estábamos los dos al cabo de los años. En la puerta de aquel banco encañonándonos en la frente empapada por el sudor. Qué manera más agradable de volver a verla, pero a su lado las cosas estaban condenadas al delirio. Aquel día cayeron por el centro, que era mi distrito, y mientras al macarra se lo tragó la boca del metro más próximo perseguido por mi compañero, ella le quiso dar emoción al asunto y se decantó por dar un paseo como si nada hubiera pasado. Pero me di cuenta enseguida. No es que siguiera flirteando con el peligro, es que ya se había convertido en un triste envoltorio sin ánima, ajado, mal oliente, envejecido, desdentado y que no era ni dueño de sus actos. A pesar de todo eso y de que era la primera vez en mi trayectoria como policía que apuntaba con la pistola a alguien, la reconocí de golpe y a bocajarro como en aquella noche de feria cuando David me la presentó. Pero ella no. Ella siguió apuntándome hasta que le susurré su nombre y algún resorte oxidado de su cuerpo le provocó aquella lágrima de acero. Y entonces supe que me reconoció cuando por última vez escuché de sus labios cortados su frase favorita. No me lo podía creer, lo intenté todo por convencerla y reducirla, pero no bajaba el brazo. ¿De dónde habría sacado aquella pistola...? Y cuando me volvió a repetir con un hilo de voz mojado por sus lágrimas *no te lo pienses dos veces* tuve la certeza de que estaba dispuesta a dispararme, de que ya todo le daba igual, y de que me concedía el mísero honor para que apretase antes el gatillo. Por los buenos años..., hubiera dicho un macabro espectador. Y aunque no es fácil tomar esa decisión, por muy policía, local al fin y al cabo, que sea uno. Y aunque me temblaba el pulso, y el ánimo, y me importaba más que nadie aquella mujer, de no haberlo hecho con toda seguridad hoy no estaría aquí escribiendo estas líneas.

Así lo comprendió también un compasivo juez aceptando la legítima defensa y el peligro inminente que arguyó mi abogado. Pero no me salvé de la condena de mi corazón y el confinamiento de mi alegría, pactando con mi alma un periodo sine día de profunda depresión que hoy todavía padezco. Mi psicólogo me ha recomendado que escriba como válvula de escape y como ayuda para evitar darle tantas vueltas a la mente. Porque sigo de baja, metido en mi casa y sin parar de pensar que si hubiera algo en mi vida que me volvería a pensar más de dos veces sería la posibilidad de no haberla querido tanto. Es curioso, pero con aquella maldita frase la conocí y con aquella maldita frase se despidió de mí.

Rafael Pérez Arriola.
(Categoría Prosa)